CONTRA LA COMPLACENCIA

Por Leonardo Sacco

Que el malestar cunde por todos lados es algo de lo que todos estamos más o menos enterados. Tanto es así que la palabra "crisis" está en boca de todo el mundo. Es tan popular, está tan discutida, tan aparentemente pensada que ya no inquieta a nadie. Ni siquiera es noticia. Hemos hablado tanto de la "crisis" que se nos ha puesto ajena, exterior a nosotros, no nos resuelve ni nos dice nada.

La "crisis" corre de Norte a Sur y de Este a Oeste. Ha superado todo particularismo y es actualmente uno de los conceptos más universales que rondan por el planeta. Enhorabuena. La "crisis" ha alcanzado la madurez. Es ahora un adulto serio, objetivo y universal, que pregona al mal-estar como antes anunciaba el bien-estar si todos creíamos seriamente en el progreso y la razón, dioses elocuentes y económicos de un sistema que no tiene peros en negociar las acciones de su empresa dogmática.

Así, el mal-estar y bien-estar tomados de manera dualista corroen nuestro destino. Rápidos y despreocupados queremos sacarnos el estar-mal y afincarnos en algún espacio de nuevas verdades que redoblen la promesa perdida. Hemos sido echados del paraíso y nos proponemos reconstruir el pentagrama con los elementos que quedan. Hay que apurarse que la vida no es para toda la vida. Un piso, un techo, alguna forma ética a disposición, cierta nueva consideración estética, agregarle a palabras tales como Arte, Filosofía, Acción, algún adjetivo de moda y al compromiso, que la "crisis" apura.

En los últimos años hemos recibido el impacto multifacético de Oriente. Del enigma de la diferencia para acá, y de acá a la periferia del mundo vamos de traducciones a explicaciones y de explicaciones a simplificaciones hasta sacar un Oriente a su medida, a modo de grosera y vernácula superficialidad. Ya no podemos cambiar el mundo con "la revolución", pues cambiemos nosotros. Nos aburre razonar, pues hagamos misticismo